

Victoria

Belleza Americana



Capítulo 1

Cuando escuché los gritos, agarré mi hacha y corrí. Aun así, un par de otros llegaron primero. La vida en los suburbios de Quito era una lucha constante contra el bosque circundante. Los ataques de monstruo deben ser tratados de inmediato.

"Está bien ahora, Talo". El fornido herrero Gustavo tenía sus enormes manos extendidas, acariciándolas por el aire para calmar a la agitada costurera. Su pelo negro estaba atado en una cola de caballo sobre la enorme espada de espada atada a su espalda.

Parecía pensar que era apuesto, pero la forma en que el mismo cabello oscuro sobresalía del cuello y las mangas de su camisa arruinaba el efecto. "Hiciste bien en atrapar a la bestia en la aldea. Tomaremos las cosas desde aquí".

El tono condescendiente de Gustavo hizo poco para calmar a Talo y mis ojos se sintieron atraídos por su pecho salvajemente agitado hasta que me obligué a concentrarme en su rostro. Miró a Gustavo, a mí, y finalmente a Orlando: un granjero de pelo sardónico y pelo sarnoso apoyado con su horquilla contra la piedra de un pozo cercano.

Un lamento inhumano vino desde el interior de la libra. Hizo eco a lo largo de la pared cuando la cosa buscaba desesperadamente una salida, pero parecía carecer de la fuerza para liberarse del recinto de piedra.

"¡Escúchame, idiota!" Talo chisporroteó. "Está atrapado. Todo lo que tenemos que hacer ..."

"¡Golpéalo con hierro frío!" Con una arremetida repentina, Gustavo le arrebató algo de las manos; un llavero. "¿No fui yo quien decapitó al negro bogey el otoño pasado? Considera a este monstruo asesinado".

Talo continuó protestando pero sus palabras fueron incapaces de penetrar la densa cabeza de Gustavo. Sacó su inmensa espada y arrojó la llave a Orlando, quien se adelantó para abrir la puerta. Gustavo se deslizó con gracia por el portal y Orlando inmediatamente lo encerró.

"Mi pero eres feo, ¿verdad?" La voz profunda de Gustavo se movió fácilmente sobre las altas paredes de libras. "¡Ríndete e intentaré hacer esto como un dolor ...!"

Las palabras del herrero fueron cortadas por un gemido ensordecedor. Hubo un sonido que reverberaba, como un martillo golpeando un gong que podía sentir en mi pecho; luego los gruñidos de Gustavo se

convirtieron en gritos de niña.

"¡Gust.. Gustavo!" gritó Orlando, su preocupación por su amigo era evidente en su rostro familiar.

Talo lo agarró, pero el granjero la sacudió.

"¡Detente! Esa cosa acaba de matar a Gustavo. ¡No lo afrontes! No hay necesidad de ..."

Orlando lanzó su horquilla como una jabalina. Aterrizó a sus pies, obligándola a retroceder.

"Sé que no soy el luchador que era Gustavo, pero seamos sinceros: él no era la lámpara más brillante de la ciudad".

El granjero sacó una de las antorchas de la pared de la libra y la balanceó como una maza, tejiendo un rastro de chispas en el aire.

"Todo el mundo sabe que la mayoría de los monstruos son inmunes a las espadas. A Gustavo le encantaba mostrar esa gran espada que había fabricado y fue su final". Orlando olfateó. "Pero todos temen el fuego. No cometeré el mismo error".

"¡No seas tonto!" gritó Talo. Orlando le lanzó una mirada herida, pero cruzó la puerta con sorprendente velocidad. Me encontré cerrándolo detrás de él, más temeroso de que Talo entrara detrás de él que porque pensé que la sombra estaría saliendo.

"¡Eso es, quemarte bastardo!" Orlando gritó. "¡Te haré sufrir por lo que le hiciste a Gustavo!"

Si, gritó, su propio miedo era obvio; si hubiera estado en el bosque, sin duda habría huido. Desafortunadamente para Orlando, en su lugar estaba encerrado con él en una pequeña área confinada y no tuvo más remedio que atacar. Los propios gritos del granjero se disolvieron en toses húmedas y luego un silencio que se prolongó demasiado.

Con un suspiro, levanté el hacha sobre mi hombro, tragué saliva y nerviosamente toqueteé la llave en la cerradura.

"¡Maldito! ¡No vas a entrar allí como esos dos bufones!"

Retrocedí del veneno en la voz de Talo. Era hermosa en su enojo, lo que, en verdad, significaba que era hermosa la mayor parte del tiempo.

Siempre la había favorecido.

Tenía la piel enrojecida y una capa de sudor cubría su piel, brillando a la luz de las antorchas.

"¡Talo! ¡No puedo dejarlos sin venganza!" Deseé que mi voz no sonara tan petulante.

"Maldito, al menos no eres un cretino machista, así que para escucharme. ¿Quieres vengarlos? Te diré cómo. ¡Quita tu mano de esa llave!"

Solté la cerradura, levantando las manos a la defensiva. La locura aullaba desde dentro de las paredes, pero en ese momento parecía mi segundo mayor peligro.

"Está bien, ¡estoy escuchando!" Le dije, y lo estaba. No era un gran fanático de la muerte y no era ni la mitad de bueno en una pelea que los dos hombres que se habían ido antes que yo.

Talo se acercó a mí; su proximidad me hizo estremecer, pero no era a mí a quien le interesaba. Sus manos sacaron la llave de la cerradura, y en un movimiento perfecto, se giró y la arrojó por el pozo a mi izquierda.

"¡Oye! Dijiste ..." tartamudeé.

Ella me abofeteó en la oreja.

"¿Sabes qué va a matar a esa cosa, idiota?" la intensidad en su voz me hizo encogerme. "¡No comer! ¡Obviamente no se puede salir de allí!"

El monstruo golpeó en la pared como para hacer su punto.

"Tomará unas semanas ahora que has dado un par de comidas! Pero deja la cosa allí, morirá. Simplemente no dejes que nadie trepe por las paredes para llegar hasta allí. "Eso tenía cierto sentido, así fue.

Ella me vio pensarlo, fingí no escucharla murmurar 'hombres'. en un tono de disgusto. "Los mantendré alejados, señorita Tal0." Le dije débilmente. "Puedes contar conmigo."

Me miró fijamente durante un largo momento, luego rompió en una sonrisa que casi me hizo pegarme con mi hacha.

"Solo creo que puedo".